

El Eco de Cartagena.

AÑO XXVIII

DIARIO DE LA NOCHE

NÚM. 8041

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—En mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 centimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo lo caso de obligación legal.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Jueves 19 de Julio de 1888

UNA MEJORA LOCAL

De tal puede calificarse y aún asignarle el calificativo de muy importante, al establecimiento en nuestra ciudad del sistema inodoro para la limpieza de pozos negros, procedimiento que hoy se sigue en todas las localidades de alguna importancia, por ser incompatible con la higiene y comodidad de los habitantes de las poblaciones, la práctica que hace tantos años introdujo en nuestra patria el célebre Sabatini.

Si en todas partes significa un notable adelanto el planteamiento del sistema que nos ocupa, en Cartagena tiene mucha más trascendencia, por que además de restar con su uso durante la limpieza de las letrinas, una causa de ponzoña para el místico aire que respiramos, faculta á las autoridades locales, para que obliguen á los propietarios de casas á construir los pozos negros en condiciones tales, que se hagan imposibles las filtraciones, significando esto, uno de los principales factores para conseguir el saneamiento de esta ciudad, cuyo subsuelo se encuentra impregnado de los líquidos insanos, que se filtran de las mal acondicionadas bóvedas donde hoy incompletamente se contienen las materias fecales. No hay que extrañar, pues, que las personas entendidas, asignen á las emanaciones que se desprenden del suelo y á la corrupción que sufren las aguas de los pozos y aljibes, las principales causas de la constante alteración que entre nosotros sufre la salud pública.

Resultando hoy una ventaja positiva para la comodidad del vecindario y mañana el mejoramiento de las condiciones higiénicas de la población, es digno de todo encomio y alabanza el nuevo sistema que se plantea, mereciendo bien de Cartagena toda, el concesionario D. Juan Giménez y Salinas que ha dotado á esta ciudad de un adelanto que tantas ventajas le ha de reportar.

Como estaba anunciado, ayer tarde á las cinco, y previa la presencia del Sr. Alcalde, varios concejales, representantes de la prensa periódica y otros invitados, se llevó á cabo la prueba del nuevo procedimiento, para cuyo planteamiento el Sr. Giménez ha adquirido el siguiente material:

Tres carricubas destinados para recibir y transportar las materias fecales, consistiendo estos aparatos, en una sólida caldera de dos quintales métricos de cubida, montada en un carro de dos ruedas. La caldera tiene en su parte superior una válvula de limpieza, un registro y un manómetro, contando además con un mirador de cristal para ver cuando la cuba se encuentra llena. En su parte media hay establecida una válvula de descarga, para en caso de vuelco. En la parte posterior é inferior, se observa una espita de carga y descarga, un registro de limpieza y el tubo del recipiente para la formación del vacío.

Otro de los componentes del tren de limpieza, es un carro de cuatro ruedas, donde va colocada la bomba neumática, que al hacer el vacío en la caldera antes descrita, lleva á ella las materias fecales. Consta este aparato en su parte anterior, de un horno de cremación de gases y en

la posterior de un cuerpo de bomba, movido á brazo por medio de un volante.

Ultimamente sirve de complemento al material que describimos, un coche destinado á conducir los tubos que llevan á la bomba las materias fecales, el que como los demás aparatos, tiene muy agradable aspecto.

Tal es el costoso tren, construido en Barcelona por D. Jesús Batista y Sentis, cuya patente de invención le está concedida por veinte años, y que el actual propietario señor Giménez y Salinas ha adquirido sin reparar en sacrificios.

La prueba á que nos hemos referido en un principio, dió el buen resultado que había derecho á esperar, pues una de las cubas quedó llena en el corto espacio de ocho minutos, apesar de no tener los que hoy manejan los aparatos, la práctica conveniente que con el tiempo adquirirán.

Después de terminada la operación, el concesionario invitó á todos los presentes á un espléndido refresco, durante el cual fué felicitado por todos los circunstantes, felicitaciones que hoy repetimos desde las columnas de *El Eco*, significándole el agradecimiento de este pueblo por su provechosa iniciativa, y el unánime deseo de que encuentre la recompensa que merece, por su espíritu emprendedor y reconocida laboriosidad.

Variaciones.

FRANCISCO MUÑOZ.

Nuestro colega *El Liberal*, publica una carta firmada por un compañero de hospedaje del referido Muñoz á quien algunos creen autor del horroroso crimen cometido en Valencia y que tanto preocupa la atención pública.

El Muñoz de que se trata fué compañero mío de habitación durante 1882, año que cursé en la Universidad de Valencia, y claro que siendo cohéspedes nos hicimos amigos, á pesar de la diferencia de circunstancias. Era el más antiguo en la casa y el de mayor edad (á casi todos nos duplicaba en ella), y por eso y por su carácter noble y caballeresco, y por los buenos consejos y amable trato que nos dispensaba, todos le queríamos y distinguíamos con cariñoso respeto, llamándole *D. Paco*. Mis temperamentos radicales solo hallaron en él un defecto, su apego á las ideas rancias; era un decidido partidario de la causa del Pretendiente, y si no la defendió con las armas en la mano durante la guerra, coadyuvó á esta de una manera eficaz, llevando socorros á las acciones y trasladando recursos de un punto á otro, á veces con gran riesgo de su vida, según nos refirió, porteaando inmensas sumas. Y lo digo porque á esto se debió principalmente la ruinosa cuestión de su hacienda, porque si bien es cierto que durante sus mocedades fué asaz aficionado á *verlas venir*, enmendó mucho su conducta ante los reveses de la fortuna, y cuando yo le conocí y traté, si bien no dejaba de visitar de vez en cuando el casino del Turia y la Taurina (centros valencianos donde se jugaba descaradamente), lo hacía con mucha prudencia y no se excedía nunca, ni á las más vivas instancias, de la cantidad presupuesta para este objeto.

Gozaba aún entonces de posición relativamente desahogada y no tuvo necesidad de responderse, como se ha supuesto, con la herencia de un pobre hermano (que murió heroicamente á manos de los insurrectos de Cuba,) por la sencilla razón de que este le abandonó

siempre todos sus bienes. Era sumamente desprendido y generoso: durante la guerra civil no cobró sus rentas á los aparceros de sus fincas para que hicieran más llevadera la situación por que atravesaba el Maestrazgo, y después no les tomaba cuentas muy estrechas, condonándoles muchas veces sus obligaciones.

No sé que hubiera sido, y lo pongo en duda, practicante del hospital: fué, sí, estudiante de medicina por los tiempos de la revolución y abandonó luego sus estudios para alistarse como zuavo en el ejército de Pío IX contra Víctor Manuel; cuando regresó á España después de la toma de Roma, ya no hizo caso de su carrera: su posición desahogada hace inadmisibles la suposición de que fuese practicante. Es verdad que él mismo se decía ser víctima de una tisis, á consecuencia de una pulmonía aguda que sufrió y otra enfermedad sospechosa. ¿Cuántas veces, echando cálculos, nos decía: «Para diez años de vida á lo sumo que me quedan, me sobra hacienda;» y por esto, y por no haber sabido después nada de él, yo le tenía por muerto.

Es cierto también que era muy mañoso para las artes mecánicas: en la casa de huéspedes donde vivíamos, él habitaba un cuartito independiente, que estaba fuera del resto de la casa, en la escalera, y él mismo colocó en su puerta una cerradura, que en una ocasión que se le perdió la llave, no pudieron forzar ni llaves ganzáas; pero no creo que jamás tuviera que recurrir á estas mañas mecánicas con un fin industrial.

Era aseado y hasta pulcro en el vestir, muy complaciente con todos y tolerante en sumo grado; estaba muy bien relacionado, había perdido, como he indicado antes, su interés en el juego de las cartas, pero no en estar á la expectativa para hacer pequeñas jugadas de Bolsa; á esto le aficionó la ganancia que tuvo, en participación con un amigo en una de ellas; yo creo recordar haberle oído decir que un su amigo hacía cálculos y combinaciones muy acertadas en este sentido; pero que no se atrevían á arriesgarse. ¿Quién sería este amigo? ¿Podrá ser el marido de la interfecta? ¿No se dice que pocos días antes del crimen liquidó éste sus operaciones en Bolsa? ¿Los llevarían en participación? ¿Habrá muerto también Muñoz? El saco que se dice haber encontrado en el teatro del crimen, ¿no hace suponer que hubiese habido otro destinado al Muñoz, y que haya podido ser arrojado con él al mar ú otro punto, lo que pensarían hacer quizá también con la mujer?

Muñoz era, sobre todo, lo que nuestros padres llamaban temeroso de Dios, de exquisita educación, de inmejorables sentimientos y por ruin que fuese su situación le creó incapaz de cometer ese crimen por lucro, como se ha dado á entender. El tiempo y las circunstancias pueden variar profundamente la condición y manera de ser y proceder del hombre; pero yo abrigo la íntima convicción que de haber sido Muñoz el autor de aquel misterioso crimen, debió ser impulsado á él por otra que por aquella innoble pasión. No creo que las sillas y mesas que se encontraron en el cuarto donde se halló la víctima, fuesen sacadas de casa de la patrona de Muñoz con permiso de ésta, porque ya he dicho que él tenía una habitación aparte y todos los muebles eran suyos: en las demás habitaciones solía entrar poco, á las comidas y raras ocasiones más.

Sería por demás conveniente que la Justicia y la policía pusieran particular empeño ante todo en averiguar el paradero de Muñoz, para descifrar si se trata ó no de un doble asesinato.

Las jugadas de Bolsa y el saco de serrín algo pueden indicar.

APUNTES SOBRE EL GABÓN.

Las posesiones francesas de Africa en el Gabón, las mulatas y las gabonesas, merecen ser estudiadas.

Cuando el domingo van á la misa que celebra el obispo en la iglesia de Libreville, se ve á las primeras vestidas á la parisiense con todos los requisitos de la moda que copian de las europeas establecidas en el comercio de allí, presentándose un tipo digno de ser retratado. Miran con aire de desprecio á las negras libertas, que no usan las modas de la civilización, porque visten con el traje humilde del país, que se reduce á un simple pañuelo á la cabeza y una gran blusa, y que andan con aire hombruno.

Estas mulatas se hallan educadas por los misioneros católicos; y poseen cierta educación, lo cual les da mayor orgullo, haciéndose la ilusión de que su tez es blanca como la de los franceses establecidos en el país.

La pajuina, que procede de otra tribu y quizá de otra raza en Gabón, también es digna de ser considerada, por más que su belleza se parece á la de la mulata, ó lo que es lo mismo, que es bien formada; pero en cambio viste un traje peculiar en el país, cubriendo brazos y piernas de grandes brazaletes ó argollas de cobre, que también alguna vez ciñen al cuello y que adornan con turquesas por lo general, y otras con botones de porcelana de los que el comercio lleva á remotos países. Usan además una peluca que jamás se quitan, adornada con rosarios de cuentas de cristal ó piedras falsas ú ordinarias.

Los pajuinos constituyen la tribu más numerosa de las tribus y valientes, leales hasta cierto punto, y á ellos se deben muchas aldeas de los alrededores de la capital de la colonia denominada Libreville.

Cuando alguno ha construido un caserío que á los pajuinos les conviene, inmediatamente van á adquirirlo chalaneando sobre el precio; y cambiándolo las más veces por marfiles ó caoutchouc.

Cuando el dueño del caserío se niega á venderle la propiedad, le provocan un conflicto con caracteres alarmantes, á fin de aburrirlo; y con efecto, le presentan una verdadera batalla hasta que consiguen su objeto.

Cuando los blancos comercian en los lugares próximos al río, al pasar por delante de alguna tribu de los naturales del país son sorprendidos por los disparos que parten de dichas tribus. Pero cuando se trata de pajuinos, no sucede lo propio.

El comercio de marfil y de caoutchouc se halla en manos de esta tribu, que comienza á la par á cultivar, ora productos agrícolas como el aceite de palma ó las espléndidas plantaciones de manioc. El manioc es el pan de los negros.

Los gaboneses, propiamente dichos, pueden dividirse en cuatro categorías:

Primero, los reyes; segundo, el gran mundo; tercero, los tratantes, y cuarto, los boys.

Descartemos los dos últimos, pues poco habría que decir de ellos, ya que se parecen á tantos otros individuos de las colonias africanas.

El tratado se reduce á un negro que recibe la comarca con salario fijo y que comercia en marfil, caoutchouc, ébano, caoba, aceite de palma, y cuyo trabajo no podría hacer un blanco so pena de la vida. Cuando los indígenas no quieren comerciar con él, los maltrata, y si tienen hijas guapas ellas sirven de último argumento para convencerlos á que vendan las mercancías á infimo precio. El negro se cree muy honrado ya con este motivo, y consiente en los cambios.

El boy es la encarnación del vicio. Sirve de criado y se halla protegido por los jueces, los